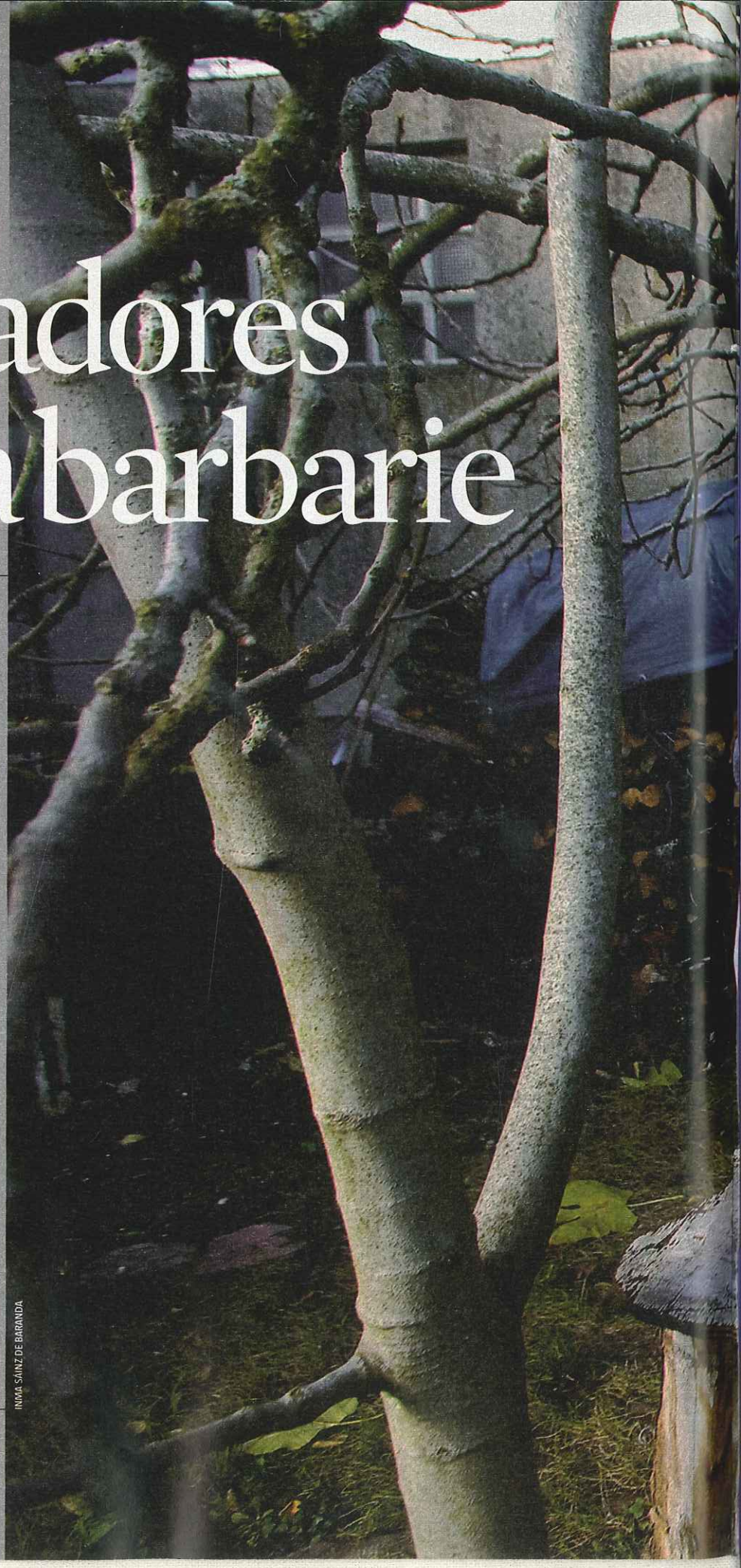
Triunfadores sobre la barbarie

Alguno aún tiene pesadillas tanto tiempo después, pero Hitler y el horror nazi se extinguieron mientras que ellos siguieron con sus vidas. Es su triunfo sobre la barbarie. El Magazine recoge los testimonios de cinco de los españoles que fueron deportados a campos nazi. Son pocos ya los supervivientes, y es bueno conservar su memoria. Que la historia no olvide.

Texto de **Montserrat Llor**
Fotos de **I. Sáinz de Baranda, J. M. Cencillo** y **V. Llurba**



INMA SAINZ DE BARANDA

Manuel Alfonso Ortells, en su casa de Talence, cerca de Burdeos

Han transcurrido casi setenta años y son ya muy pocos los españoles que viven para contar cómo padecieron el horror nazi y la tortura en los campos o *lager* de Hitler durante la Segunda Guerra Mundial. Su testimonio posee un gran valor, pues son las últimas voces que rememoran unos hechos históricos y las atrocidades cometidas.

Cinco de aquellos españoles deportados han abierto las puertas de sus casas al Magazine y han recuperado sus recuerdos. A pesar de los años transcurridos, lo recuerdan todo perfectamente. Coinciden en que no guardan rencor, pero que siguen desconcertados por las barbaridades que los nazis cometieron. "Eso es algo que jamás se olvida, impregna todo tu ser", comenta uno de ellos, al asegurar que todavía hoy sufre pesadillas.

Cada uno tiene una historia diferente, pero a todos les une su odisea de apátridas desde que cruzaron la frontera de España, en febrero de 1939, tras finalizar la Guerra Civil y ascender al poder Franco. Era el inicio del exilio. Más de medio millón de personas, temerosas de las represalias del régimen franquista, huyeron a Francia, donde fueron conducidas a los campos de internamiento de ese país. Miles de refugiados serían enviados al frente con uniforme francés al inicio de la Segunda Guerra Mundial. Con el avance imparable de una Alemania que también invadía Francia, fueron detenidos y conducidos a los *stalag*, o campos para prisioneros de guerra.

Acabarían en manos de la Gestapo a partir del verano de 1940, cuando Franco se desentendió de estos refugiados españoles y, en consecuencia, el Führer les retiró su condición de prisioneros de guerra. Comenzó su deportación rumbo a los campos de concentración y de exterminio. Fueron más de 10.000 los españoles víctimas del nazismo que sufrieron el internamiento en los campos de concentración de Hitler entre los años 1940 y 1945.

Una gran mayoría fue enviada al campo de Mauthausen, ubicado en la localidad del mismo nombre, a unos 20 kilómetros de Linz (Austria). Es quizás el campo más representativo porque fue prácticamente construido por los españoles, los primeros en llegar. Traspasaron el umbral de entrada unos 8.000 republicanos y tan sólo salieron con vida poco más de 2.000. Allí eran los *rotspanier* (rojo español) y se les identificaba con un triángulo invertido azul con la S de spanier en el centro.

Fueron deportados allí ciudadanos como el escritor Joaquim Amat Piniella, el pintor Eduardo *Lalo* Muñoz, amigo de Picasso, o el conocido cazador de nazis Simon Wiesenthal, entre otros intelectuales y políticos de múltiples nacionalidades que compartieron la tragedia con otros muchos prisioneros desconocidos.

Todos perdieron su nombre para ser sólo un número de matrícula que todavía tienen grabado en la mente. Un número que cada mañana, hacia las cinco de la madrugada, oían enumerar a un SS en la Appellplatz (plaza donde se pasaba revista), que gritaba a los presos obligados a formar durante horas. Lo recuerdan perfectamente. A alguno le amenazaron con un "¡Du, morgen, krematorium!" –"¡Tú, por la mañana, al crematorio!"– mezclado con golpes. Otro se salvó milagrosamente de recibir la fatídica inyección de benceno en el corazón, práctica usual en los campos para acabar con los presos enfermos. Era la técnica que el nazi Aribert Heim, el conocido *Doctor Muerte*, practicó en la enfermería de Mauthausen durante algunos meses.

Otros españoles fueron a diversos campos de Alemania, entre ellos, Buchenwald, Dachau o Dora. Las mujeres también lucharon y sufrieron. Fueron conducidas –y torturadas brutalmente– a diversos campos, principalmente el de Ravensbrück (Alemania). Hambre, enfermedades, fusilamientos, ataques de perros, cámara de gas, crematorio: había infinitas formas de matar. La consigna nazi era máximo trabajo, máximo rendimiento, escaso alimento, gasto nulo. Los presos eran mano de obra barata y efectiva para la industria de guerra nazi.

A finales de abril de 1945 se produjo la derrota nazi, y el 5 de mayo tuvo lugar la liberación de los campos de concentración, entre ellos Mauthausen por los aliados y la Unión Soviética –diversos actos lo recordarán en el 65.º aniversario–. Poco antes, los nazis quemaron toda la documentación posible para ocultar lo acontecido. Sin embargo, gracias a la arriesgada labor de algunos españoles, como Juan de Diego, Casimir Climent o Josep Bailina, fue posible registrar y esconder los nombres y los datos de los españoles deportados. Realizaron una compleja planificación de salvaguarda de la documentación. Estos listados se encuentran a recaudo, en el Museo de Historia de Cataluña. El recuerdo es un pequeño homenaje a esos luchadores, en cuyo honor la ONU declaró el 27 de enero día de la Memoria del Holocausto y la Prevención de los Crímenes contra la Humanidad. También les recuerda la Asociación Amical Mauthausen (amical-mauthausen.org), presidida por la historiadora Rosa Toran, que lleva a cabo una importante labor divulgativa y pedagógica entre los más jóvenes, recuperando la memoria de lo que no debería repetirse.

Fueron más de 10.000 los españoles internados en los campos nazis entre 1940 y 1945. De unos 8.000 que llegaron a Mauthausen, salieron con vida 2.000

José Alcubierre Pérez (Barcelona) Campo de Mauthausen, n.º 4100

Desde su casa cercana a la población de Angulema, en Francia, José Alcubierre, que cumplirá 85 años en mayo, recuerda aquellos difíciles tiempos. Fue uno de los 42 jóvenes integrantes del comando Porschacher, nombre de la familia de industriales del granito de la región. Trabajaban en una cantera externa y, gracias a estas entradas y salidas del campo, José, junto con otros dos jóvenes, Grau y Cortés, arriesgaron sus vidas escondiendo, fuera de Mauthausen, los negativos de las fotografías que otro preso español, el catalán Francisco Boix, sustrajo del laboratorio fotográfico nazi al que tenía acceso. Las escondieron en el jardín de la casa de una austriaca: Anne Pointner. Aquellas imágenes fueron testigo de las barbaridades cometidas.

José Alcubierre era un niño cuando estalló la Guerra Civil. Un hermano murió en el frente, y el otro, que había sido director general de Transportes del gobierno de la Generalitat, tuvo que emigrar a México. El resto de la familia cruzó la frontera y permaneció en Angulema hasta que los alemanes los deportaron al campo de Mauthausen el 24 de agosto de 1940. Fue durante aquel verano y en aquel lugar de donde partió el terrible *convoy de los 927* con población civil hacia los campos nazis. José viajó junto con sus padres durante días encerrados, de pie, apretados, en vagones de ganado. "Al llegar a la estación –recuerda– abrieron violentamente las puertas y los SS con perros ladrando sacaron a los hombres a empujones y golpes. Me hicieron bajar con mi padre. '¡Raus, raus!' (¡Fuera, fuera!), gritaban. A lo lejos oíamos llorar a las mujeres. Nos hicieron ir por un camino de tierra hasta llegar a la imponente entrada de Mauthausen, presidida por un águila nazi."

Cual fortaleza medieval inexpugnable, Mauthausen impacta aún hoy. Nadie podía escapar de allí. "Entramos, nos dejaron desnuditos, nos llevaron a las duchas, nos desinfectaron, nos dieron los trajes de rayas. Nos llevaron al bloque 18, a las barracas, sin comer", añade. "Entráis por la puerta, pero saldréis por la chimenea", les decían a todos con cinismo.

José, con apenas 15 años, estuvo destinado a limpiar las calderas de la cocina, un trabajo que le permitía complementar su alimentación con algunos restos de comida, y formó parte del comando César, compuesto por españoles.

Lo rememora todo con serenidad, pero aún se le quiebra la voz al recordar a su padre. Sufrió más los pocos meses que estuvieron juntos en Mauthausen que la totalidad de los cuatro años que permaneció en el campo. El hombre, un baturro fuerte, se debilitaba subiendo piedras de hasta 50 kilos de la cantera de Wienergraben. Una mañana se lo llevaron a Gusen, de donde nadie regresaba. Meses más tarde fue asesinado un día en que, junto con otros dos maños, fueron objeto del capricho de tres cabos polacos que, ansiosos de sangre, los mataron a palos.

José Alcubierre hizo buenos amigos en el campo y explica que conoció entre otros al boxeador Lorenzo Vitriá, al futbolista Saturnino Navazo –quien se haría cargo de un niño judío cuyos padres habían sido asesinados en Auschwitz– o el conocido militante del partido comunista Pepe Perlado. También vio a Himmler en sus tres visitas al campo: "Paso la última vez a dos metros. Subía las escaleras al volver de trabajar, íbamos los 40 chicos juntos en formación de a cinco y él bajaba"...

Tras la liberación del campo, el 5 de mayo de 1945, José Alcubierre se quedó a vivir en Angulema, donde conoció a su esposa y tuvo tres hijos. Durante años ha vivido su dolor en silencio. Es un hombre activo y cada año se desplaza a Austria para celebrar la conmemoración de la liberación del campo.

Alcubierre, en su casa cerca de Angulema, muestra una fotografía de cuando era joven

INMA SÁINZ DE BARANDA

Literatura de los deportados

Diversos deportados plasmaron sus vivencias por escrito. Son más conocidas obras como las de Neus Català o el escritor Joaquim Amat-Piniella, fallecido hace años. Sin embargo, existen otros escritos y memorias. Algunas de las obras son:

Manuel Alfonso Ortells ***De Barcelona a Mauthausen. Diez años de mi vida***

Edmon Gimeno ***Buchenwald, Dora, Bergen-Belsen. Memorias de un deportado***

José Marfil ***J'ai survécu à l'enfer nazi***

Marcel·lí Garriga ***Un vilanovi a Buchenwald***

Neus Català ***De la resistencia y la deportación*** (y otros libros)

Mercedes Núñez ***El carretó dels gossos***

Joaquim Amat-Piniella ***K-LReich***

Francisco Batiste ***El sol se extinguió en Mauthausen***

Mariano Constante y Manuel Razola ***Triángulo azul*** (y otros libros)

Pascual Castejón ***Memoria en carne viva***

Luis Estañ

(Callosa de Segura, Alicante) Mauthausen y Gusen, n.º 4375

La pared del salón de su casa está presidida por una fotografía con tres hombres abrazados. Se trata de los tres supervivientes valencianos del campo de Mauthausen: el propio Estañ, Paco Aura y Paco Batiste, ya fallecido. Se habían reencontrado años después y quedaron inmortalizados en esa imagen. Han transcurrido casi 65 años desde su liberación en el campo, y Luis Estañ (Callosa de Segura, 20 febrero de 1917) todavía tiene pesadillas algunas noches. "En el campo ibas siempre escondiéndote o controlando lo que tenías que hacer. Pero fuera del campo me costó. Esas cosas no se borran en mucho tiempo", reflexiona. Lo primero que dice es que no guarda rencor, pero espera que ninguna atrocidad semejante suceda jamás, y tiene un deseo: escribir sus pensamientos y reflexiones sobre la humanidad.

Lo cuenta mientras mira una fotografía suya a los 20 años. Durante la Guerra Civil se alistó voluntario para ir al frente de Guadalajara. Estañ era teniente de intendencia formado en la escuela militar de Cataluña. Poco imaginaba que acabaría en el campo francés de Argelers. Cuando comenzó la guerra contra Alemania, se apuntó a las compañías militarizadas. Fue capturado y apresado en Dunquerque, y su compañía, conducida como prisioneros de guerra a un *stalag* de Alemania.

El 24 de enero de 1941, uno de los inviernos más crudos de toda la historia de la deportación, entró en Mauthausen.

Es uno de los pocos hombres, tal vez el único, que puede decir que ha trabajado para dos de los españoles más odiados en el campo por sus compatriotas, dos hombres con autoridad ante los SS. Y, por un motivo u otro, está vivo gracias a ellos. Eran uno apodado *el Asturias*, convertido en *kapo* y asesino del campo de Gusen (situado a cinco kilómetros), y César Orquín, del que cuentan los presos que era altivo, incluso cruel, pero más refinado. Fue

Edmon Gimeno

(Caseres, Tarragona) Buchenwald, Dora, Bergen-Belsen, n.º 43631

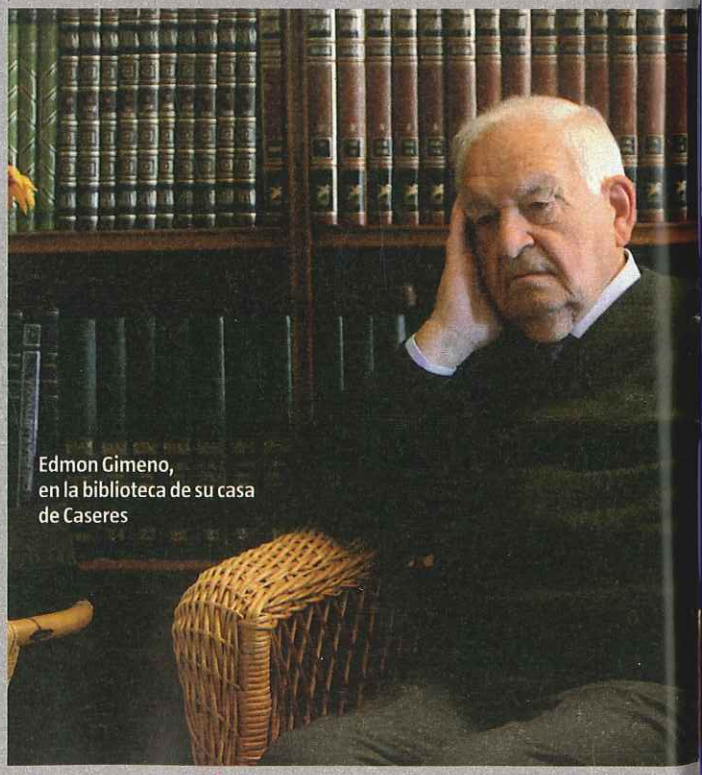
"Nunca llegaré a comprender que una parte de la población, en nombre de la raza y de la superioridad sobre los demás, haya cometido tantos actos criminales." Es lo que dice Edmon Gimeno (Caseres, 1923), hombre culto y refinado, doctor en Geografía e Historia que lee perfectamente el alemán. Así lo expresa también en su libro *Buchenwald, Dora, Bergen-Belsen. Vivencias de un deportado*, donde narra su experiencia.

Piensa lo mismo su hermana, con la que comparte la casa familiar y quien también vivió la Guerra Civil y el exilio.

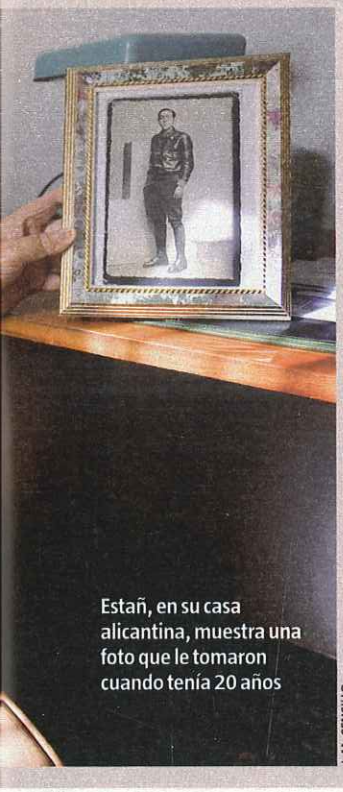
A Edmon la Guerra Civil le sorprendió durante las vacaciones de verano. Viendo el rumbo que tomaban los acontecimientos, su familia emigró a Francia. El padre colaboró con la resistencia, ofreciendo comida y alojamiento a los maquis. A finales de 1943, Edmon, a sus 20 años, fue detenido por los nazis acusado de actuar como enlace. Fue trasladado a la prisión de Biarritz y, más tarde, al Fort du Hâ, situado en Burdeos, un antiguo castillo habilitado como prisión en pésimas condiciones. Después fue trasladado a un campo de prisioneros en Compiègne.

De este lugar partían también los *vagones de la muerte*. "Íbamos –narra– ciento y pico hombres donde debían ir cuarenta. Nos hicieron bajar a todos a golpe de fusil, nos obligaron a desnudarnos y a formar en medio de la noche, con un frío de 10 grados bajo cero y con nieve. Después seguimos el viaje así, desnudos, sin poder dormir ni sentarnos durante días. Aquello era un desespero. Algunos perdían el conocimiento, gritaban..." En este tren fueron trasladados más de 1.500 deportados. En el vagón contiguo al de Edmon Gimeno se encontraba el escritor Jorge Semprún. No se conocieron ni hablaron, pero lo recuerda.

Era el camino hacia el campo de concentración de Buchenwald, donde Edmon estuvo tan sólo un mes y medio, pues le trasladaron a otro campo en Alemania, Dora-Mittelbau, donde trabó gran amistad con otro deportado, Alberto Boix. En Dora trabajó de noche en la inmensa fábrica subterránea de armamento. "Había un gran túnel donde murieron miles y miles de personas por la



Edmon Gimeno, en la biblioteca de su casa de Caseres



Estañ, en su casa alicantina, muestra una foto que le tomaron cuando tenía 20 años

J. M. CENCILLO

nombrado jefe del comando César integrado por españoles.

"Hice mucha amistad con *el Asturias*. ¡He visto llorar a un monstruo! Un día me dijo: 'Estañ, en qué me han convertido', sin parar de llorar", dice. Lo conoció en enero de 1945 cuando, trasladado a las minas del campo de Gusen, unos cabos polacos estaban a punto de tirarlo por un barranco como habían hecho con otros presos judíos. *El Asturias* lo envió a limpiar letrinas. Le salvó la vida.

"Allí la vida valía menos que una rata aquí", afirma Estañ al recordar que a su salida del campo pesaba sólo 33 kilos. Era un veterano de la supervivencia. Cazaba y comía culebras para sobrevivir y se las ideó para hacer sus patatas *asadas*, poniéndolas en un hoyo cavado en el suelo junto con cal viva y agua encima para generar calor. El objetivo era salir con vida de allí.

Tras la liberación residió en París durante casi un año para recuperar la salud. Se casó, tuvo dos hijos y cinco nietos. Años después volvería a España, donde reside en su tierra natal, Callosa de Segura.

VICENÇ LLURBA

humedad, la falta de aire, trabajos forzados, golpes... Preparaban los cohetes V1 y V2, este último un mastodonte de varios metros. Dentro del túnel vi unos enormes vagones y trenes cargados con estos cohetes", explica.

Hizo de casi todo, trabajó en la carga y descarga de trenes mercancías, en la cimentación de barracas, el vaciado de letrinas... En Dora imperaba el miedo: a diario colgaban a unas treinta personas. Uno de los trabajos más espeluznantes que tuvo que desempeñar fue hacer piras de cuerpos humanos para quemarlos. "El crematorio –rememora– desprendía un olor horrible y no daba abasto. Los camiones traían los muertos de otros campos. Entonces comenzaron a hacer pilas de cuerpos, al aire libre. Crematorios con troncos, ramas, carne humana. Se quemaban así, al aire libre."

Hacia el final de la deportación, Edmon Gimeno fue enviado al campo de Bergen-Belsen. Sin embargo, pronto llegaron las tropas británicas del mariscal Montgomery. Eran libres. Tras la liberación, se trasladó con su padre a Montpellier, donde se licenció y efectuó su tesis doctoral en Geografía e Historia. El resto de su familia había vuelto a España, pero él no regresó hasta la década de los cincuenta.

Desde Tierras del Duero...

MUSEUM

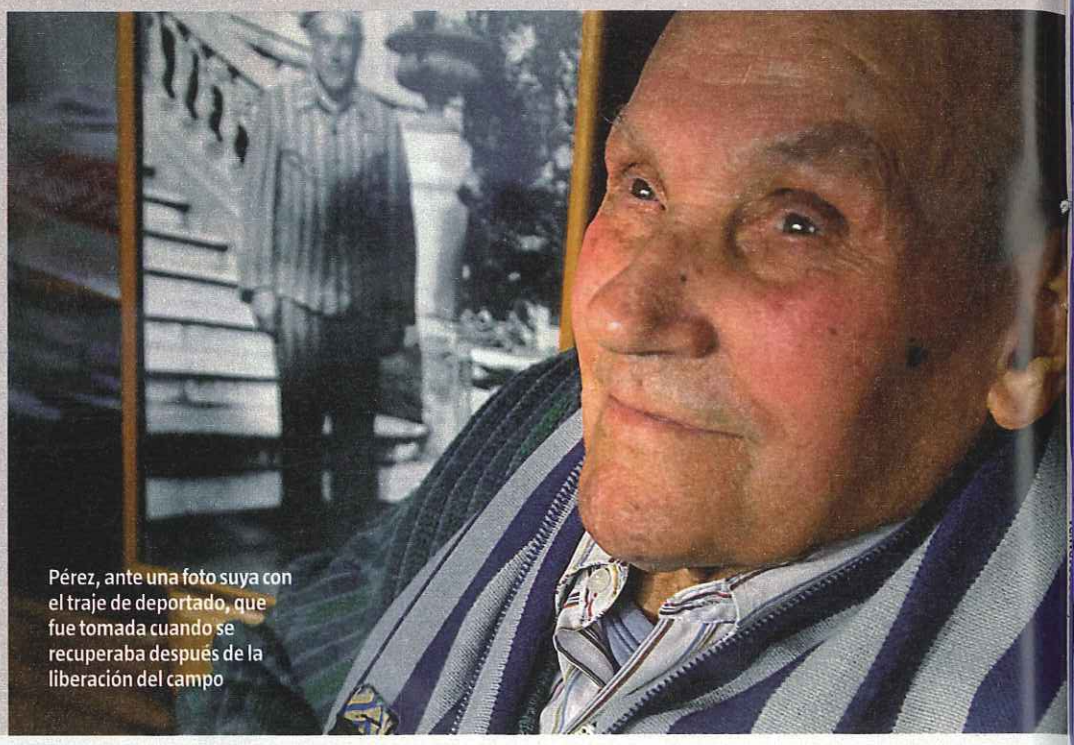
Un regalo para los sentidos

WWW.BODEGASMUSEUM.COM

Esteban Pérez Pérez (Portillo de Toledo) Campo de Mauthausen y Steyr, n.º 5042

Cien años cumplidos en diciembre del 2009, y no quiere que nadie le quite ni uno solo. Con un ligero caminar, pasitos breves pero ágiles, Esteban camina por su casa en Montséret (Francia), un lugar apacible. Tiene una voz jovial, buena memoria y, mientras entremezcla el español con el francés, recuerda sus cualidades de poeta. La poesía más representativa es la que escribió a su mujer cinco días después de la liberación del campo de Mauthausen, en el año 1945. Su esposa era la única familia que le quedaba. Durante aquellos años de exilio y deportación murieron sus padres y su hijo.

Esteban Pérez vivió años de lucha. Tenía 26 años y residía en Madrid en el momento del alzamiento fascista. Se incorporó voluntario al servicio de vigilancia, investigación y seguridad y, después, formó parte de la 15.ª Brigada Internacional. Herido en combate, pasó la frontera y, tras un periodo hospitalizado, fue internado en tres campos franceses: Barcares, St. Cyprien



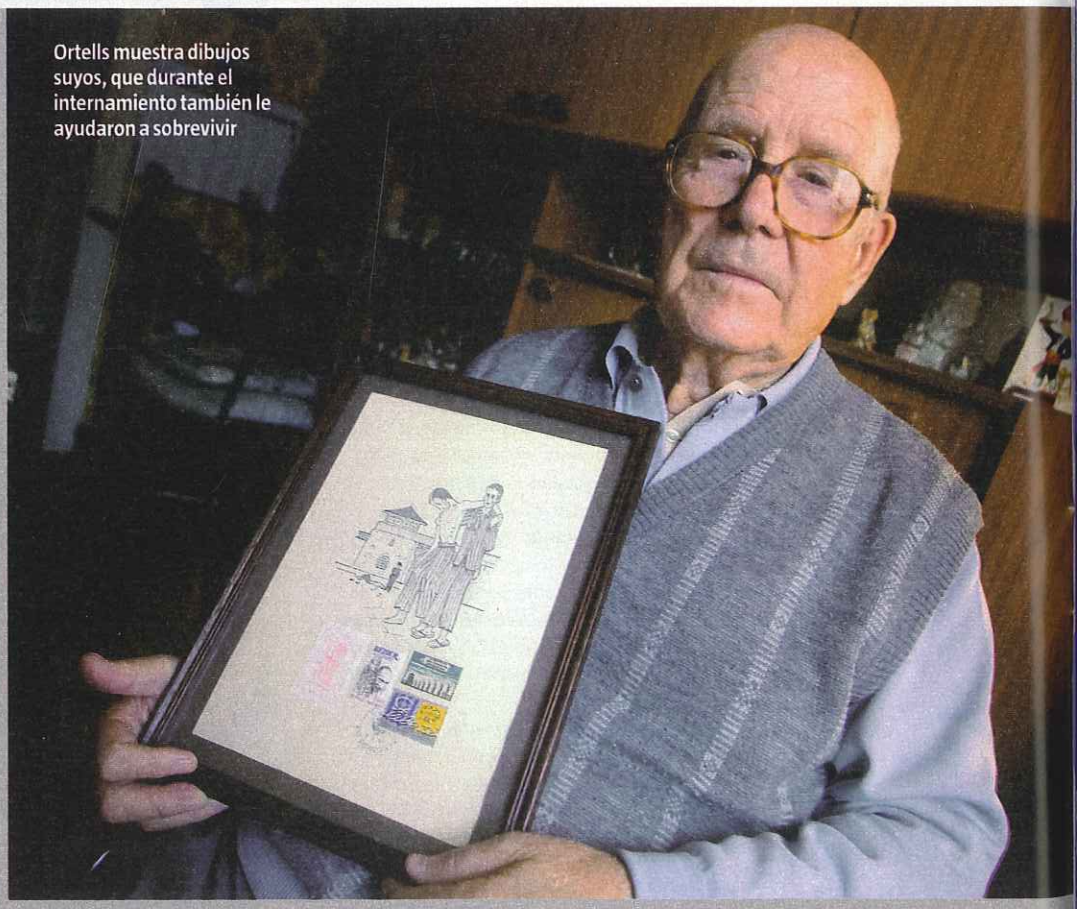
Pérez, ante una foto suya con el traje de deportado, que fue tomada cuando se recuperaba después de la liberación del campo

Manuel Alfonso Ortells (Barcelona)

Campo de Mauthausen, n.º 4564

El dibujo le salvó la vida. "Siempre he dicho que tengo suerte. Y en Mauthausen me salvé", cuenta Manuel Alfonso Ortells (Barcelona, 1918) con gran optimismo y humildad. Su afición a dibujar y a firmar con un pequeño pájaro le valió el apodo de *el pajarito*. Con su astucia y sus dibujos se fue ganando poco a poco la confianza de sus superiores. Realizó caricaturas de sus compañeros e incluso dibujó algunas postales de Navidad.

Lo recuerda mientras en su casa de Talence (Burdeos) revisa una carpeta repleta de dibujos, fotos y recuerdos. "Este papel y el dibujo es un original del campo de deportación", dice mostrando unos dibujos en papel de lino, viejo, amarillento, y otros como el titulado *Solidaridad*, donde refleja la ayuda entre presos. Debe de haber una treintena de dibujos, algunos hechos por encargo, como el dedicado a Raimundo Suñer, el que fue alcalde de



Ortells muestra dibujos suyos, que durante el internamiento también le ayudaron a sobrevivir

y Argelers. Se incorporó a la compañía de trabajadores extranjeros y fue destinado a la Línea Maginot. En Dunquerque fue capturado por las tropas alemanas y trasladado a un *stalag* como prisionero de guerra. El 31 de diciembre de 1940 fue deportado a Mauthausen.

"Nos transformaron de prisioneros de guerra en deportados políticos", dice mientras muestra, colgada en la pared de su salón, una fotografía suya vestido con el traje de rayas de deportado. Fue tomada en Créteil, en una casa de reposo donde tuvo que restablecerse durante un año después de la liberación. Fueron cuatro años de hambre y duro trabajo con aquel traje. "Por la mañana nos daban algo parecido a un café aguado y comíamos nabos, agua, mucha agua, y un pedazo de pan las tardes que tenías suerte. Eso era todo."

En Mauthausen permaneció poco tiempo, pues fue trasladado a comandos externos como el de Steyr, con el que trabajó en una fábrica, en la conducción de tuberías. Allí enfermó por las pésimas condiciones de vida existentes. Se le hinchaban las piernas y no podía caminar bien. Temía que los nazis lo exterminaran, como hacían con los enfermos, con una inyección en el corazón. De repente se emociona: "El médico me dijo: 'Mañana te pones en la fila del campo que va a trabajar o tendré que ponerte la inyección'... No dormí pensando en formar de madrugada. Aquel médico, un coronel checo, que también era un deportado, me avisó, me salvó la vida...".

Después sería destinado a otro comando. "Hacíamos carreteras, construcciones y trabajamos en los sótanos de una antigua fábrica de cerveza. Los túneles debían ser lo más profundos posible. Allí se producía el combustible para los misiles V1 y V2 que Hitler quería lanzar sobre Inglaterra." Fue ahí donde tuvo lugar una terrible explosión, como un volcán de fuego. Tal vez fuera un sabotaje o simplemente consecuencia de la pipa que fumaba el coronel.

Al igual que José Alcubierre y otros deportados, Esteban Pérez formó parte activa del comité de resistencia clandestina organizado para la defensa de los españoles y la ayuda a los más debilitados. Tras la liberación, pudo recuperar su delicada salud en Créteil y luego trabajó de soldador en una fábrica francesa de la compañía Renault. No visitaría España hasta el año 1975. Franco había muerto.

Chivas 12 presenta el kit de póker de los caballeros del siglo XXI. Una edición limitada de 250 unidades que se compone de una botella de Chivas 12, una genuina baraja de póker y 200 fichas. Todo ello en un práctico maletín para poder llevarlo cómodamente a cualquier parte. ¡El regalo perfecto para el día del padre!

A la venta en El Club del Gourmet de El Corte Inglés.
PVP recomendado: 56 €

Calaceite. Es uno de los que Ortells incluye en su libro *De Barcelona a Mauthausen. Diez años de mi vida*.

A continuación, extrae una postal pintada por un preso y compañero al que siempre admiró: Eduardo *Lalo* Muñoz, que fue amigo de Picasso y el que más le ayudó tras volver de su deportación. En la postal se ve dibujado a Ortells como un gran pájaro encima de una higuera atado con una bola de preso. La postal está firmada por españoles, sus compañeros de barraca, los *prominentes* de Mauthausen, nombres significativos de la deportación como Juan de Diego, Casimir Climent, Francisco Boix o Antoni García, con quien cultivó una gran amistad tras su libertad.

Manuel Alfonso Ortells se alistó voluntario durante la Guerra Civil en la columna Durruti y alcanzó el grado de teniente. Fue ametrallado en el frente, llegó a Francia y estuvo en los campos de internamiento de Vernet y Setfonts. Posteriormente se enroló con destino a la Línea Maginot (la defensa de Francia en su frontera con Alemania) y, en junio de 1940, fue capturado por el ejército alemán y trasladado a un campo de prisioneros de Estrasburgo. En diciembre de 1940 llegó a Mauthausen.

Recuerda con cierta sorna el día en que quisieron mostrarles cómo corría un atleta y los debilitados presos debían imitarlo. El atleta alemán, preso también, era el olímpico Otto Peltzer. A Ortells le salió bien la prueba, a otros no, como a un compañero cojo, de apellido Soriano, precisa. Días más tarde desaparecieron.

Una de las imágenes que más le impactaron la reflejó en uno de sus dibujos más coloridos pero a la vez más crudos: unos judíos holandeses suben los 186 escalones de la cantera aupando una camilla con sus compañeros muertos. "A los judíos especialmente los mataban allí, lanzándolos desde lo alto del muro. Vi a este equipo de presos que dibujé trasladando a sus muertos con los brazos colgando y las escaleras con rastros de sangre de otros que también murieron", señala.

El hambre hacía estragos en Mauthausen, y Ortells consiguió un plato de comida del jefe de barraca a cambio de un dibujo con cierto aire pornográfico. Pero no conseguiría más raciones, porque fue trasladado a un duro destino: el comando Strassenbau, dedicado a la construcción de la carretera. Durante unos cinco meses sufrió lo indecible. "El secretario de la barraca tuvo piedad de mí y me puso a trabajar en la cocina dos días, y otros pocos estuve en vagonetas." En 1941, tras una prueba de dibujo de un plano catastral, entró a trabajar en el Baubüro, la oficina donde se hacían los planos para la construcción del campo. Allí estuvo los siguientes cuatro años.

Tras la liberación, se instaló en Talence, cerca de Burdeos, se casó y tuvo descendencia. Sus dibujos han servido de ilustración en varias obras sobre Mauthausen.